

VIVENCIAS OSCENSES DE ORWELL DURANTE LA GUERRA CIVIL

POR Carmen NUENO CARRERA

El 18 de julio de 1936 estalla la Guerra Civil en España. El 15 de diciembre del mismo año, Orwell viene a nuestro país y, quince días después, en Barcelona, se alista en la milicia del POUM. Con el nuevo año, marcha al frente de Alcubierre y, a finales de enero de 1937, se le destina como cabo al departamento del Partido Laborista Independiente (ILP), que había llegado de Inglaterra para servir en la milicia del POUM en el frente de Aragón:

“A fines de 1936 fui a España, me alisté en las milicias y serví en ellas hasta junio de 1937 cuando fui herido y volví a Inglaterra. Nunca he sido miembro de un partido político pero soy un simpatizante socialista y he tenido ciertas relaciones con el Partido Laborista Independiente y en España estuve con el destacamento del ILP en el frente de Aragón”¹.

A finales de abril, Orwell viajó con permiso a Barcelona y vivió los enfrentamientos entre comunistas y los grupos revolucionarios, incluido el POUM, durante la primera semana del mes de mayo. El diez de mayo volvió al destacamento del ILP y aproximadamente diez días más tarde resultó herido en el cuello por un francotirador:

“Me hirió un francotirador en las afueras de Huesca. No fue mucho pero debía haberme matado, y en verdad por algunos minutos así lo creí, una curiosa experiencia. La bala atravesó mi cuello de delante a atrás pero esquivó la arteria carótida y la columna vertebral de una manera sorprendente”².

¹ ORWELL, George, *Mi guerra civil española*, Ed. Destino, Barcelona, 1982, 2.^a ed., pp. 78-79.

² ORWELL, George, *Mi guerra civil española*, *op. cit.*, pp. 46-47.



Tras el incidente, estuvo convaleciente hasta el 15 de junio:

“Los médicos del Hospital General me habían extendido un certificado de inutilidad, pero para obtener la licencia tenía que someterme a una revisión en uno de los hospitales próximos al frente, y luego ir a Siétamo, donde tenían que sellarme los documentos en el cuartel general de la milicia del P.O.U.M. /.../ yo salí para Siétamo, el 15 de junio”³,

pero, mientras se hallaba en el frente para recoger su cartilla de inútil, el POUM fue declarado ilegal (16 de junio) por el Gobierno español y Orwell, vuelto ya a Barcelona, permaneció escondido varios días en esta ciudad hasta que consiguió cruzar la frontera francesa, junto con su esposa, el 23 de junio de 1937.

Consecuencia de esta cronología española de George Orwell son sus libros *Homenaje a Cataluña*, publicado el 25 de abril de 1938 en Inglaterra, y una recopilación de ensayos, cartas, críticas y anotaciones sobre su experiencia bélica en España, que se han editado en nuestro país con el título de *Mi guerra civil española*.

En ambas obras abundan las alusiones a nuestra provincia; algunas, escuetas, puntuales, constituyen la crónica periodística de un protagonista forzosamente pasivo en un frente prácticamente estático durante los meses en que Orwell combatió allí; otras, sin embargo, nos dejan entrever una visión mucho más personal e íntima de su experiencia oscense, como en la carta enviada a Stephen Spender, donde su autor considera el frío que padece como un buen estimulante de la sensibilidad poética:

“Me acuerdo que cuando estaba de guardia en las trincheras cerca de Alcubierre estudiaba una y otra vez el poema de Hopkins “Félix Randal”, lo debes conocer, para matar el tiempo en aquel dichoso frío y esto fue una de las últimas ocasiones en que sentía la poesía. Desde entonces ya no la recuerdo”⁴.

Llegado al frente de Alcubierre, ni el aburrimiento (“aquel modo de hacer la guerra parecía no llevar a ninguna parte”) ni la incomodidad (“en la guerra de trincheras hay cinco cosas importantes: leña, comida, tabaco, velas y el enemigo”) le impiden admirar la belleza del paisaje invernal que se extiende a sus pies:

³ ORWELL, George, *Homenaje a Cataluña*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1985, 1.ª ed., p. 201.

⁴ ORWELL, George, *Mi guerra civil española*, *op. cit.*, p. 80.



“El escenario era magnífico, si uno podía olvidar que cada altura estaba ocupada por soldados y, por lo tanto, cubierta de latas vacías y con una costra de excrementos. A nuestra derecha, la sierra torcía hacia el sudeste y daba paso al ancho y veteado valle que se extendía hasta Huesca. En medio de la llanura se veían unos pocos cubos diminutos, como dados arrojados sobre la mesa; era la ciudad de Robres, que estaba en poder de los gubernamentales. Por la mañana, a menudo, el valle quedaba oculto bajo mares de nubes, de las cuales emergían las colinas de un rosa pálido y azul, dando al paisaje un curioso parecido con un negativo fotográfico. Más allá de Huesca había más colinas de forma semejante a las nuestras, con una manchas de nieve que cambiaban de día en día. En la lejanía, las gigantescas cumbres de los Pirineos, donde la nieve nunca se funde, parecían flotar en el vacío. Incluso allá abajo, en la llanura, todo parecía muerto y desnudo”⁵.

A mediados de febrero, todas las tropas del POUM que se encontraban en el sector y, con ellas, Orwell, pasan a incorporarse al ejército que asediaba Huesca; desde las trincheras, el escritor describe la ciudad sitiada:

“... A cuatro kilómetros de nuestras nuevas trincheras, Huesca brillaba, pequeña y clara, como una ciudad de casa de muñecas. Meses atrás, cuando se tomó Siétamo, el general que mandaba las tropas del gobierno dijo alegremente:

— Mañana tomaremos café en Huesca.

No tardó en demostrarse que se equivocaba. Había habido sangrientos ataques, pero la ciudad no caía, y “mañana tomaremos café en Huesca” se había convertido en una broma habitual en todo el ejército. Si alguna vez vuelvo a España, no dejaré de tomar una taza de café en Huesca”⁶.

La misma monotonía y aburrimiento que en la sierra de Alcubierre asaltan a nuestro autor durante los meses en los que participa en el asedio de Huesca:

“En la parte este de Huesca, hasta finales de marzo no ocurrió nada; casi absolutamente nada. Estábamos a doscientos metros del enemigo. Cuando los franquistas se retiraron hacia Huesca, las tropas del ejército republicano que ocupaban aquel sector del frente no se distinguieron precisamente por su celo en avanzar, de modo que en aquel punto la línea formaba una bolsa. Más tarde habría que avanzar —mal asunto para hacerlo bajo el fuego de los otros—, pero ahora el enemigo era como si no existiese; nuestra única preocupación era protegernos del frío y conseguir comida suficiente”⁷;

⁵ ORWELL, George, *Homenaje a Cataluña*, op. cit., pp. 28-29.

⁶ ORWELL, George, ibídem, p. 49.

⁷ ORWELL, George, ibídem, p. 50.



con todo, la desilusión por la ausencia de “gestas militares” se atenúa gracias al interés que despierta en Orwell la situación política interna del bando republicano y a las tensiones entre las diferentes milicias identificadas con sus respectivos partidos políticos, todo ello visto desde la perspectiva que le proporciona “su frente oscense”:

“No sé qué importancia hubiera tenido la captura de Huesca, pero seguro que se hubiera podido tomar en febrero o marzo disponiendo de artillería adecuada. Tal como fue estaba sitiada excepto por una abertura de un Kilómetro de ancho y esto con tan poca artillería que era imposible iniciar el ataque con bombardeos ya que sólo servirían de aviso. Esto significaba que los ataques sólo podían ser por sorpresa realizados por algunos centenares de hombres como máximo. A comienzos de abril Huesca parecía acabada pero nunca se consiguió cerrar la abertura, los ataques cedieron y al cabo de un tiempo se vio claro que las trincheras fascistas resistían mejor y que habían mejorado sus defensas. A finales de junio se inició el gran ataque a Huesca, claramente por motivos políticos, para dar una victoria al Ejército Popular y desacreditar a la milicia de la CNT. El resultado era de prever —fuertes pérdidas y un verdadero empeoramiento de la situación. /.../ Cuando el POUM relevó un sector del PSUC en Huesca hubo brotes de celos, pero creo que por razones exclusivamente militares, ya que las tropas del PSUC no habían conseguido tomar Huesca y el POUM alardeaba que la iban a tomar”⁸.

También al aludir a las actuaciones de las milicias del POUM y a los enfrentamientos entre éstos y los comunistas, toma como punto de referencia los acontecimientos que se suceden en Huesca:

“En cuanto a las actuaciones de la milicia del POUM /.../. Tomaron parte en la toma de Siétamo y en el avance hacia Huesca, y luego la división fue repartida /.../ A finales de febrero toda la división se concentró en el lado oriental de Huesca. Tácticamente era el lado menos importante y durante marzo-abril la participación del POUM fue tan sólo escaramuzas y ataques de contención, /.../. En el ataque a Huesca a finales de junio la división tuvo fuertes bajas, de 400 a 600 muertos”⁹,

para concluir más adelante:

“Un número de hombres que estuvieron en el ataque de Huesca me aseguraron de que el general Pozas había retenido a sabiendas la artillería para conseguir que murieran el mayor número posible de tropas del POUM; seguramente no es verdad pero muestra el resultado de las campañas como la llevada a cabo por la prensa comunista”¹⁰.

⁸ ORWELL, George, *Mi guerra civil española*, op. cit., pp. 102-103.

⁹ ORWELL, George, ibídem, pp. 110-111.

¹⁰ ORWELL, George, ibídem, pp. 111-112.



En todo aquel tiempo (mediados de febrero y marzo), sólo se produjo una acción ofensiva por parte de las tropas que asediaban la ciudad: el ataque al manicomio, y quizás esta singularidad lo convierte en objeto de una minuciosa descripción de Orwell, en la que el tono ágil, la impresión de lo vivido, la anécdota entremezclada con la reflexión conforman una de las muestras más interesantes del estilo característico del escritor:

“... Fue cuando nuestras tropas de choque atacaron el *Manicomio*, un antiguo asilo para enfermos mentales que los franquistas habían convertido en una fortaleza. /.../ Las tropas de choque tomaron el *Manicomio* por asalto, pero las tropas, no sé de qué milicia, que tenían que apoyarlas apoderándose de una loma desde la que se dominaba el *Manicomio*, fueron rechazadas con grandes pérdidas. El capitán que las mandaba era uno de los oficiales del ejército regular de dudosa lealtad, y a los que el gobierno seguía empeñado en utilizar. Fuera por miedo o por traición, previno a los franquistas arrojando una bomba de mano cuando estaban a doscientos metros de distancia. Me alegro de poder decir que sus hombres le pegaron un tiro allí mismo. Pero el ataque por sorpresa fue sin sorpresa, y los milicianos fueron diezmados por un intenso fuego que les obligó a retirarse de la loma, y al caer la noche las tropas de choque tenían que abandonar el *Manicomio*...”¹¹.

A finales de marzo, una infección en una mano le obliga a permanecer diez días en el hospital de Monflorite (que lo era mucho más de nombre que por disponer de los medios necesarios para adecuarse a tal denominación). Orwell vivirá unos días deliciosos, paseando, con el brazo en cabestrillo, por las callejuelas del pueblo y sus alrededores:

“Monflorite era el habitual puñado de casas de barro y piedra, con callejas estrechas y tortuosas /.../. La iglesia había quedado muy maltrеча, pero era utilizada como almacén militar. Por aquellos contornos sólo había dos casas de campo un poco grandes, Torre Lorenzo y Torre Fabián, /.../. Al lado mismo del río, muy cerca de la línea del frente, había un enorme molino con una casa de campo anexa. /.../ La Granja, nuestro almacén y cocina, posiblemente había sido un convento”¹².

El mismo día en que regresa del hospital, iniciado ya el mes de abril, las tropas republicanas adelantan sus líneas aproximadamente un kilómetro, hasta situarse a unos cien metros de la Casa Franquesa, una granja fortificada que formaba parte de la línea franquista (“el motivo de que se hiciera ahora era que los anarquistas estaban atacando la

¹¹ ORWELL, George, *Homenaje a Cataluña*, op. cit., pp. 79-80.

¹² ORWELL, George, ibídem, p. 81.



carretera de Jaca, y nuestro avance por aquel lado obligaba al enemigo a distraer tropas”). Y así, mientras se espera la orden de ataque, desde el fondo de la trinchera se oye “el ruido de los ataques anarquistas al otro lado de Huesca”. Poco a poco, el oído de Orwell será capaz de aislar cada uno de los sonidos que se suman al fragor de la batalla:

“Estaban las dos baterías de cañones rusos de 75 mm que disparaban desde muy cerca de nuestra retaguardia, /.../. Detrás de Monflorite había dos cañones muy pesados que disparaban muy pocas veces al día, /.../. En lo alto de Monte Aragón, la fortaleza medieval que las tropas del gobierno habían tomado por asalto el año anterior (por primera vez en su historia, según decían), y que dominaba uno de los accesos a Huesca, había un cañón pesado que probablemente databa del siglo diecinueve”¹³.

Paralelamente a los acontecimientos bélicos, relata Orwell multitud de anécdotas que nos adentran en el ambiente moral de un período revolucionario y que constituyen algunos de los momentos más felices de ambos relatos; en este sentido, merece un lugar de honor “el episodio de los pantalones”:

“Una mañana temprano otro hombre y yo habíamos ido a disparar contra los fascistas en las trincheras fuera de Huesca. Allí el frente de ellos y el nuestro se hallaban separados por unos doscientos metros, /.../. Esta vez no aparecieron los fascistas, /.../. Nos disponíamos a emprender una rápida retirada por allí cuando hubo gran alboroto y silbidos en la trinchera fascista. Se acercaban algunos aviones nuestros. En ese momento un hombre, /.../, saltó de la trinchera y corrió a lo largo del parapeto a plena vista. Iba a medio vestir y al correr se sujetaba con ambas manos los pantalones. No quise disparar contra él. Es cierto que tengo mala puntería y soy incapaz de darle desde ochenta metros a un hombre corriendo y también que mi preocupación era volver a nuestra trinchera mientras los fascistas tenían fija su atención en los aviones. Sin embargo la causa de que no disparase fue aquel detalle de los pantalones.

Había ido a tirar contra los “fascistas” pero un hombre que se sujeta los pantalones no es un fascista sino, evidentemente, un prójimo, alguien similar a uno mismo, y no apetece dispararle”¹⁴.

A medida que transcurre el tiempo, es cada vez más evidente que el frente oscense se halla totalmente paralizado y que la guerra se ha transmutado aquí en un asedio endémico y desesperanzado. Esta es la situación que nos describe nuestro autor a finales de abril, inmediatamente antes de su partida con permiso a Barcelona:

¹³ ORWELL, George, *ibídem*, p. 89.

¹⁴ ORWELL, George, *Mi guerra civil española*, *op. cit.*, pp. 148-149.



“Al otro lado de Huesca, los ataques iban disminuyendo en intensidad. Los anarquistas habían sufrido grandes pérdidas y no habían logrado su propósito de cortar por completo la carretera de Jaca. Habían conseguido acercarse lo suficiente a la carretera por ambos lados como para que quedara bajo el fuego de sus ametralladoras, impidiendo así la circulación; pero la brecha tenía un quilómetro de anchura, y los nacionales habían construido un camino hundido, una especie de enorme trinchera, por la que podían ir y venir un cierto número de camiones. Los desertores decían que en Huesca había muchas municiones y muy poca comida. Pero evidentemente la ciudad no estaba a punto de rendirse. Lo más probable era que fuese imposible tomarla con los quince mil hombres mal armados de que entonces se disponía. Más adelante, en el mes de junio, el gobierno desplazó tropas del frente de Madrid y concentró treinta mil hombres ante Huesca, con una enorme cantidad de aviones, pero la ciudad tampoco cayó”¹⁵,

y en el mismo estado lo encuentra al regresar, a principios de mayo, después de la amarga experiencia personal que han supuesto para él los combates de Barcelona entre comunistas y anarquistas (“después de la lucha... era difícil pensar en aquella guerra del mismo modo ingenuamente idealista que antes”).

Un incidente desafortunado origina, sin embargo, numerosos cambios en su rutinaria existencia en el frente; la bala que le atravesó el cuello permitió a Orwell conocer nuevos escenarios en su cronología oscense, y a sus lectores, el funcionamiento de los hospitales instalados en Siétamo y Barbastro:

“Los hospitales de Siétamo eran unos barracones de madera contruidos a toda prisa, donde los heridos normalmente sólo pasaban unas pocas horas antes de ser trasladados a Barbastro o a Lérida. Yo estaba aturdido por los efectos de la morfina, pero seguía sintiendo fuertes dolores, /.../. Era típico de los métodos que se seguían en los hospitales españoles que mientras me encontraba en este estado la improvisada enfermera tratara de obligarme a ingerir la comida que daban en el hospital —una copiosa comida que constaba de sopa, huevos, un guiso grasiento, etc.—...

/.../

El hospital de Barbastro estaba completamente lleno, las camas estaban tan juntas que casi se tocaban...”¹⁶.

Tras un pintoresco periplo sanitario por diversos hospitales, Siétamo, Barbastro, Lérida y Tarragona (“todos los hospitales que estaban cerca del frente eran más o menos utilizados como centros de distribución de heridos. La consecuencia era que uno allí nunca recibía tratamien-

¹⁵ ORWELL, George, *Homenaje a Cataluña*, op. cit., pp. 108-109.

¹⁶ ORWELL, George, ibídem, p. 189.



to...”), arriba a Barcelona, unos ocho o nueve días después de haber salido del frente, y recibe por fin la atención médica adecuada. En esta ciudad permanece convaleciente varias semanas en el Sanatorio Maurín, dependiente del POUM, durante las cuales obtiene por boca de un camarada noticias sobre el curso de los acontecimientos en el frente oscense:

“Kopp acababa de volver del frente lleno de entusiasmo. Hacía pocos días que había entrado en combate y decía que por fin estábamos a punto de conquistar Huesca. El gobierno había llevado tropas desde el frente de Madrid y estaba concentrando treinta mil hombres, apoyados por grandes cantidades de aviones. Los italianos que había visto en Tarragona salir para el frente, habían atacado en la carretera de Jaca, pero habían tenido muchas bajas y perdido dos tanques. Sin embargo, según decía Kopp, la ciudad estaba a punto de caer. (Por desgracia no fue así. El ataque fue un desastre espantoso y no tuvo más consecuencias que una orgía de mentiras en los periódicos)”¹⁷.

El dieciséis de junio, Orwell se encuentra nuevamente en Siétamo con objeto de sellar en los cuarteles del POUM los documentos precisos para obtener su licencia y regresar a Inglaterra:

“Esto significó una serie de viajes confusos y fastidiosos. Como de costumbre, me mandaron de un lado a otro, de hospital en hospital: Siétamo, Barbastro, Monzón, luego otra vez a Siétamo, para que me sellaran la licencia; /.../. Para la concentración de tropas en Huesca había habido que echar mano de todos los medios de transporte, y todo andaba desorganizado. Recuerdo que dormí en lugares extrañísimos...”¹⁸.

Conseguida ésta, su visión del paisaje y las gentes que le rodean cambia completamente. Con el ánimo mucho más predispuesto a la observación que en los meses anteriores, nos proporciona una descripción llena de lirismo de la ciudad de Barbastro, en la que se ve forzado a permanecer un día para tomar el tren que le conducirá a Barcelona. Nada mejor que esas líneas para cerrar este breve recorrido por los recuerdos oscenses de Orwell durante la Guerra Civil:

“Antes, había visto Barbastro en rápidas visiones y me había parecido simplemente una parte de la guerra: un lugar frío, gris y enfangado, lleno de rugientes camiones y de tropas andrajosas. Ahora me parecía extrañamente distinto. Paseando por la ciudad, descubrí el encanto de las tortuosas callejas, de los viejos puentes de piedra, de las tabernas con grandes barriles rezumantes tan altos como un hombre, de miste-

¹⁷ ORWELL, George, *ibídem*, p. 201.

¹⁸ ORWELL, George, *ibídem*, p. 202.



riosas tiendas semisubterráneas donde se hacían ruedas de carro, puñales, cucharas de madera y botas de piel de cabra. Estuve viendo cómo un hombre hacía una bota y descubrí con gran interés algo que hasta entonces ignoraba, que las hacen con el pelo hacia dentro y sin quitarlo, de modo que uno bebe en realidad pelo de cabra destilado. Me había pasado meses bebiendo de las botas sin saberlo. En la parte baja de la ciudad había un río poco profundo de color verde jade, y junto a él un escarpado risco con casas construidas sobre el peñasco, de modo que desde la ventana de las alcobas se podía escupir dentro del agua que corría a treinta metros más abajo. En los huecos del risco vivían innumerables palomas¹⁹.

¹⁹ ORWELL, George, *ibídem*, pp. 203-204.

